

Perversa esperanza

Lin Marrod

El afrodisíaco más potente no son los mariscos, ni el amor, discrepo de Arjona. Nada enciende más la pasión que el deseo que se acumula gota a gota. Mézclalo con lo prohibido y ni un terremoto de ocho grados en la escala de Richter será capaz de superar la sacudida de dos almas. Es entonces que el mundo se detiene en el sitio menos oportuno y el tiempo, el lugar, la vergüenza, dejan de existir. Solo importa sentir la piel tantas veces soñada.

Hoy es un día especial. Desde que usé la tecnología y el dinero para la búsqueda de la felicidad ajena, esa pareja que bebe en el piso veintidós, en el balcón de mi hotel, es mi mayor apuesta. Esta es su noche, y también la mía. De todas las parejas que he ayudado a formar, ellos son mis preferidos. Están tan rotos como yo.

Me sirvo mi primera copa. La función comienza.

La tocas y en ese punto, sabes que ni el fin de los tiempos te detendría. Yo lo sé. Lo viví hace mucho y lo veo en mi selecto grupo de almas perdidas.

Ella es la más atrevida, siempre es así. Muéstrale a una mujer cuanto la desees. Déjale ver esa chispa que iluminó tus ojos cada vez que la imaginaste en tus brazos y será la primera en arrodillarse. Es entonces cuando todo a tu alrededor deja de existir y descubres que la realidad de la situación supera a tus más locos sueños.

Luchas con ella, necesitas darle el placer que estás recibiendo, porque crees que una primera cita requiere de una *performance* perfecta. No puedes evitar ser lo que eres: el alfa, el amo, y ella tiene que saberlo.

Sonrí, porque ella ya lo intuye y se muere por verte en acción. Todo lo que hizo hasta este minuto fue para invocar al hombre que vino buscando esta noche y, como van las cosas, no se ve para nada decepcionada.

Es tu turno. Puedo leer tus pensamientos: nunca fue tan excitante arrodillarse ante un tanga de encaje, porque, hasta hoy, solo lo habías visto a través de la pantalla de tu portátil. Lo deslizas hasta rozar los tacones de aguja mientras te estremeces con cada sacudida de ese cuerpo bajo las sabias caricias de tus dedos.

Una mirada tuya y ella levanta los pies hasta que la minúscula pieza queda en la palma de tu mano.

Ocultas una sonrisa al notar el desconcierto de ella cuando se te llevas la delicada prenda a la nariz y aspiras con fuerza el aroma que ha rondado tus sueños húmedos.

Tu lengua alcanza el coño depilado y el paso hacia atrás de ella te hace olvidar la promesa de calma que debes haberte hecho.

En segundos, la tienes a horcajadas sobre los hombros, atrapada entre la balaustrada y tu boca, totalmente a tu merced. Apenas puedes contener sus gemidos que atraen a los pocos humanos que se mueven en las cercanías.

El tirón en tu cabello, y el temblor de esa carne que palpita bajo tus labios, te anuncia el momento ansiado de probar el sabor que rondaba tus pensamientos mientras la llevabas al límite en los ardientes chats de madrugada. Es tan dulce y adictivo como lo imaginaste. Mucho más lo es el grito liberador, apenas contenido. De la mujer tímida del WhatsApp no queda nada, y sé que agradeces en silencio por ello.

Tu macho interior está a punto de explotar de orgullo, pero el hombre que eres saca el instinto protector y, con la última gota de cordura, abandonas el balcón junto a las escaleras. Con ella en brazos, reacio a renunciar al tacto caliente de su piel que responde al menor roce, la ocultas en la intimidad de la habitación.

Ahora está en tus dominios. La dejas sobre la cama y tus besos la despojan de cualquier duda o vacilación.

Ella te deja hacer. De seguro, su sexo está palpitando con solo recordar tu lengua atormentándola, tus dedos clavados en sus caderas y la expresión acusadora de la pareja que escuchó sus gritos de pura y salvaje lujuria, minutos antes, dos balcones más abajo.

Que te quede claro que esta mujer que se retuerce de placer entre tus brazos es tuya aunque aún no lo sepas. Olvida la actuación que tenías planeada. Trae tu alma a esta batalla y te garantizo que te sorprenderá el resultado.

Yo me sirvo mi tercera copa mientras los observo.

Te alejas, necesitas un trago, y ella también. Buscas una canción en tu móvil, a tono con el momento. Contienes una sonrisa cuando su gemido se escucha atenuado por los primeros acordes de "Lips on you". Te giras con los vasos en la mano y la descubres apoyada en el cristal de la ventana. Tu mirada la recorre y dejas las bebidas sobre la mesita.

Yo sonrío al pensar que, si ella apoyó su frente en el frío cristal para calmar sus ganas, pierde miserablemente el tiempo. Lo que tienes pensado para ese cuerpo va a encender una hoguera que ni la Firehouse 51 podrá apagar.

No la dejas voltearse. Tu dedo índice dibuja una línea tenue y sinuosa desde su labio inferior hasta el ombligo. Tu mano se extiende sobre el bajo vientre y su calor traspasa el tejido del minúsculo vestido.

Ella tiembla al sentirte por sus muslos, levantando la sedosa tela. No hay bragas que quitar, esas descansan en tu bolsillo desde que la apoyaste al borde del balcón y las deslizaste por sus muslos aguantando las ganas de hacerlas pedazos.

Tus dedos buscan su calor y descubres la humedad que esparces por su sexo mientras muerdes su nuca, su cuello. Tu erección presiona sus nalgas y gruñes al sentir su espalda arquearse y su trasero empujando.

Sus pequeñas manos luchan con tu cinturón. Es muy difícil para ella desde esa posición de espaldas, pero lo logra y de allí a abrir la cremallera, pan comido.

Tu mano libre contuvo su grito ante la brutal embestida que la aplasta contra el cristal. Tendrá que perdonarte y tú compensarle tamaña rudeza, pero la agónica necesidad de hundirte en su cuerpo se impuso. Lo desapruebo, pero te entiendo. Probablemente yo hubiera hecho lo mismo... si pudiera.

La expresión en su rostro me calma. Veo cómo el dolor se pierde bajo el cúmulo de sensaciones que tu mano provoca en su sexo.

La cara de ella tiene todas las respuestas que busco. Te desea, te siente caliente, palpitante, y adora el ataque a su cuerpo aunque el ritmo le corte la respiración.

La habitación se llena de gemidos que dan paso a las súplicas para, finalmente, escuchar los gritos liberadores que, esta vez, no contienen. La dejas gritar y no sabes cuánto te agradezco. Necesito oírla, tener la total certeza del intenso orgasmo que hace contraerse todo su cuerpo.

La giras. Le quitas el vestido. Espero que ese cuerpo sea exactamente como lo imaginaste mientras escuchabas sus gemidos, esclavo del WhatsApp. Ella te mantuvo a raya por mucho tiempo. Creí que te rendirías, que tu lado salvaje no se conformaría con audios y una simple foto de unas bragas de encaje blanco. Al menos, te complació en usarlas en la primera cita.

Me sorprende tu delicadeza, tu paciencia con ella. No me equivoqué al juntar al ángel con el demonio. Su luz te atrae y es ese brillo en aumento por tu cercanía la certeza de haber encontrado el faro que te guíe en tus tempestades. Crees que eres el más afortunado con esta unión, pero deberás descubrir por ti mismo lo que significas para esa mujer.

Me inclino hacia la pantalla cuando te pierdes en los ojos verdes que brillan como ascuas. Las pupilas no pueden estar más dilatadas, su boca húmeda, entreabierta, invita a quebrantar todos los límites.

Tus manos y tu boca la recorren. Ella se estremece con cada caricia. Puedo imaginar el olor a sexo en cada poro. Su expresión, a medio camino entre el deseo y el placer, levantaría a un muerto de su tumba. Hasta yo me levantaría de esta maldita silla.

No me decepcionas, la levantas en brazos y te dejas caer con ella en la cama. La quieres de frente. ¿Quién no? Necesitas, como yo, ver sus ojos cuando se rinda por tercera vez. No lo planeaste así, lo leo en tu expresión marcada por el orgullo y el asombro; pero ella es toda sensibilidad y tú ya eres adicto a la manera increíble en que se libera.

“Lips on you” se escucha por cuarta vez cuando te pierdes en su cuerpo. Besas su boca, acallas sus gemidos y aguantas las uñas que se clavan en tu espalda. Sabes que tienes que controlarte. En esa posición, con las piernas de ella contra tus hombros, la lastimarías. Dejas que ella marque los límites y eso me conmueve. Acaricias las curvas bajo tu mano. Te deleitas con el calor y humedad que aprisiona tu miembro, con los sonidos del placer que escapan de su boca. Los veo así y mis recuerdos vuelven para atormentarme.

Tu control desaparece cuando muerdes los contraídos pezones. Ella olvida sus límites y tú, seguro de que no podrás contenerte mucho más, la llevas al punto donde su cuerpo se arquea entre tus brazos y la sinfonía de sollozos y gruñidos, marca el final.

Fue un alivio que no rompieras el mágico momento con preguntas tontas. Te hubiera matado con mis propias manos si hubieras manchado la perfección con palabras banales. Estás seguro, como yo lo estoy, de que sería así con la mujer que tanto habías deseado. Tus labios borran la humedad que moja sus pestañas. Las lágrimas de ella no tienen que ver con dolor, vergüenza o arrepentimiento. Son el río que se desborda para limpiar un alma demasiado tiempo reprimida, el reflejo de un deseo contenido que, magistralmente, has liberado.

No sé tú, pero yo necesito solo un detalle para convertir lo grandioso en perfección absoluta. Espero y, con un suspiro de alivio, contemplo la sonrisa que se dibuja en el hermoso rostro de labios llenos, al sentir tus dedos que le acarician la mejilla.

Te retiras de ella. Sí, no tienes que jurármelo, en este momento debes sentirte como el niño que perdió el peluche con el que duerme.

De costado, se miran y acarician hasta quedarse dormidos.

Los contemplo hasta que el alba se filtra por la cortina que, ahogada por la pasión, ella corrió de su lugar la noche anterior. Su luz cubre los cuerpos, enroscados en una maraña de piernas y brazos sobre la cama.

Esa pareja, que duerme abrazada el sueño de los deseos satisfechos, es mi esperanza. Los miro por última vez, cierro el portátil y dejo los audífonos sobre el teclado. Dirijo mi silla de ruedas hacia la salida. El anaquel de libros ocupa nuevamente su posición y oculta mi refugio.

Desde que destruí todo lo que me importaba y me convertí en este guiñapo humano, algo esencial en mí se transformó. La pérdida, la soledad y la tecnología me convirtieron en espía, celestino y mecenas. Invierto en formar vínculos. Regalo segundas oportunidades. Me obsesiono con ayudar a hombres y mujeres a obtener lo que no tengo y que me está destruyendo de a poco.

En dos años, ninguno de mis elegidos me ha decepcionado. Usan mi aplicación y mi hotel sin saber que soy el dueño de sus pensamientos, de sus deseos, que un simple y destruido mortal juega con su destino.

Me da igual cómo me llamen: pervertido, enfermo, canalla... Me considero a mí mismo el benefactor de los que lo creyeron todo perdido. Tengo que hacerlo. Ver cómo sus vidas cobran sentido, después de convencerse de que no había nada más, es la única manera de mantener la chispa de esperanza que desafía a mi desesperación.